

MUSICA Y DANZAS DE ARABIA DEL SUR

P O R

Hans Helfritz

I

LA MÚSICA DE LOS BEDUINOS DE HADRAMAUT Y YEMEN

La música es una de las más importantes expresiones culturales de los pueblos del Oriente y su vieja tradición se pierde en la más oscura lejanía de la historia. Especialmente se refiere esto a la música de Arabia del Sur, una región que hasta hace poco se contaba entre las más desconocidas de nuestra tierra. En varios viajes a las comarcas de Hadramaut y Yemen,—en que visité lugares en los cuales antes de mí ningún extranjero había puesto los pies,—pude tomar unos centenares de grabados fonográficos que me había encargado el profesor von Hornbostel para el Archivo Fonográfico de Berlín (Berliner Fonogramm - Archiv.), los que más tarde sirvieron de base para estudios muy interesantes.

En contraste con la música de las ciudades,—música de arte de la que se cuidan los habitantes de ciudades grandes, como Sana, en Yemen, y Terim y Schibam, en Hadramaut,—existe la música de las tribus del sur de Arabia, los Beduinos.

La música de los pueblos primitivos siempre está estrechamente ligada a la vida activa y sus costumbres. El beduino casi no conoce ocupación que no acompañe con expresiones musicales. Por eso tiene una infinidad de «canciones de camello», que canta en sus viajes; las «canciones de trabajo» de las mujeres para sus labores del campo, y otras muchas canciones que se cantan en fiestas y reuniones. Esta música no ha nacido por la fuerza creadora de un determinado artista, sino que es la vital necesidad de expresión de una tribu y de un pueblo entero. Es natural que, de antemano, haya que renunciar a obras artísticas de un estilo elevado, tratándose de un pueblo primitivo; sin embargo, a menudo podemos hallar en ellas ejemplos de un arte que apenas ha cambiado desde los tiempos pre-cristianos hasta hoy. Muchas de las canciones de pastores de los desiertos de Arabia son restos de antiquísimas melodías que se han conservado durante milenios. La música es corta en su invención, sorprendente en la temática y extraordinariamente limitada en su contenido y forma. Un corto período musical se repite infinitamente y recae sobre un mismo sonido.

Se dice que estos extraños gritos y canciones de camelleros que se oyen entre las tribus Saeibani, Tamini y otras del Hadramaut, tienen su origen en el mismo paisaje del sur de Arabia. Estos «gritos a los camellos» son una especie del «Jodler» tirolés, cantado por una voz que desafina, que «hace gallos». Y son melodías en pura sucesión de tritono,—lo que es bastante raro entre los pueblos asiá-

ticos—, sonidos que se unen en las largas, estrechas y profundas quebradas de las montañas como ecos de acordes. Indescribiblemente impresionante es cuando en las angostas quebradas se encuentran dos caravanas y ya desde lejos se oyen sonar los prolongados acordes del eco y las canciones al mismo tiempo. Sin duda, en estos ejercicios musicales han influido las circunstancias acústicas de estas montañas; sin embargo, en ello no se basa su origen, que hasta ahora no ha sido descubierto. Otros pueblos, como algunas tribus de los insulanos del Mar del Sur, llegan a esta misma especie de «Jodler» por imitación de un instrumento musical.

Como la música de los beduinos y otros pueblos primitivos está en estrecha relación con sus costumbres y como éstas no conocen matices entre pueblos casi en estado de naturaleza, la inteligencia y el sentido de esa música quedan circunscritos en los límites de cada tribu, tribus que en Arabia del Sur por lo común están separadas por enemistades eternas. Los miembros de una pequeña comunidad se comprenden entre sí profundamente, conocen todas las diferencias de caracteres y todas las disposiciones físicas y espirituales de unos respecto a otros. Su horizonte es limitado, de manera que toda expresión artística tiene que manifestarse dentro de este círculo suyo tan estrecho.

El primitivo está convencido de que todos los fenómenos naturales, como tormentas de arena, sequías, plagas de langostas, etc. son creaciones de espíritus perversos, los llamados «Dyin». Su recurso principal para tratar de conjurar a esos espíritus, conjuntamente con el incienso, son danzas, canciones y sonidos de instrumentos estruendosos y excitantes. Los más usados instrumentos son los de percusión y unas especies de oboes y de clarinetes dobles. Para que el canto llegue a tener una fuerza sobrenatural, desfiguran sus voces artificialmente, una costumbre que ya se conocía en el antiguo Egipto, como se puede ver en relieves del siglo I antes de Cristo. Por un alzamiento de las aletas nasales, de manera que la frente y el entrecejo se pliegan en arrugas, producen un tono marcadamente nasal, mientras que una mano, puesta sobre la laringe, oprimiéndola con variante presión, produce una cierta vibración de la voz. Al principio, nos choca esta tonificación nasal, pero hay que considerar que para los orientales no existe nuestra preocupación sobre si los sonidos son feos o hermosos; se sirven de ellos para producir efectos e impresiones favorables o desfavorables a un determinado propósito. A nosotros nos ha llegado a ser extraña la fuerza psicológica de los sonidos con que los árabes se expresan en sus rezos y oraciones, pero no debemos dejar de considerarla para llegar a una aproximada comprensión de toda música no europea. Cualquiera que una vez haya asistido a este interminable, casi endemoniado hacer música durante horas de horas propio de los orientales, no podrá haberse librado de esta fuerza espiritual que llega a causar miedo y que dimana de ese tocar extraño. Es una fuerza a que ningún ser vivo sabría resistirse. En el Yemen se dice que para hacer huir a los enemigos basta sólo el canto del «Samel», el himno nacional de los yemenitas.

1. **Samel**
 Pesante canción guerrera del Yemen

The musical score for 'Samel' consists of two staves of music. The first staff begins with a treble clef and a key signature of one flat. The melody starts with a quarter note, followed by a series of eighth and sixteenth notes, including a descending leap. A dynamic marking of *sf* (sforzando) is placed below the first staff. The second staff continues the melody with similar rhythmic patterns and a final cadence.

La música de los soldados del Yemen es muy diferente de la música vulgar árabe y de los cantos de los beduinos de Hadramaut. Esta música que entusiasma a cuantos la escuchan, hasta los más ajenos a la música oriental, muestra algunas características especiales: una gran extensión musical y sus saltos melódicos, especialmente el salto descendente a la cuarta o sexta (obsérvese el principio del «Samel»). Las canciones soldadescas y coros del Yemen son interesantes también por su polifonía. Los soldados del Yemen se alistan principalmente en las tribus Beni Ismail y Beni Matar de la alta montaña. Estas tribus forman una posición aparte en Arabia del Sur; no sólo por su música, sino también por su lengua y sus extrañas y altas construcciones arquitectónicas que se parecen a fortalezas. Como pudo demostrar más tarde el profesor von Hornbostel, ante las grabaciones fonográficas hechas por el Dr. Lachmann en kabilas del norte de Africa y ante las que yo hice en Arabia del Sur, existe un extraño y singular parecido entre la música de los bereberes del norte de Africa y los cantos de la alta montaña del Yemen, lo cual hace pensar en alguna conexión entre los surárabes y los bereberes. Las características de los yemenitas que más arriba mencioné, se encuentran también en la música de los bereberes. Pero lo que más hace creer en un parentesco de los dos pueblos es la manera semejante que tienen de ejecutar sus cantos, creencia que se fortifica aún más por el empleo de las mismas raras formaciones melódicas y por el parecido de melodías enteras que incluso a veces llegan a ser idénticas.

2. **Canción de Beni Ismail**
 Moderato Yemen.

The musical score for 'Canción de Beni Ismail' consists of two staves of music. The first staff begins with a treble clef and a key signature of one flat. The tempo marking is *Moderato*. The melody is characterized by a steady, rhythmic pattern of eighth and sixteenth notes, with some syncopation. The second staff continues the melody with similar rhythmic patterns and a final cadence.

Hasta hoy día no se conoce el origen de los bereberes con claridad. Es un pueblo antiguo del noroeste de Africa que tiene su asiento capital en una kabila del Alto Atlas. Los bereberes tienen su lengua propia, el «Temazight», que sólo poco a poco se funde con el árabe de otros pueblos que ya habían emigrado a esas regiones en tiempos históricos. En el norte de Africa, hasta el oasis de Siwa, se encuentran esporádicamente algunos islotes lingüísticos de los bereberes. Pero no únicamente la música demuestra el supuesto parentesco entre las tribus de Arabia del Sur y las kabilas del norte, sino que también es sorprendente la presencia de las mismas altas construcciones arquitectónicas en el Alto Atlas, centro del país de los bereberes y en Arabia del Sur. Esta indudable semejanza en la música y en la arquitectura de los dos pueblos, planteó la cuestión de si la aislada música de los bereberes y de los yemenitas no tendría también alguna relación desconocida con las de otros pueblos. El profesor von Hornbostel consiguió demostrar la existencia de un parecido con cierta música mongólica. En general, concuerda la música pentatónica del Asia Oriental con la de los bereberes y aquellas mismas características que mencioné refiriéndome antes al «Sammel», las indicó van Oort como «típicamente mongólicas» en su escrito «La Musique chez les Mongols des Urdus». Desde el punto de vista de la historia de la cultura, el profesor von Hornbostel interpreta la conexión de los bereberes y ciertas tribus surárabes con otros pueblos del Asia Oriental de la forma siguiente: en tiempos pre-históricos, una misma forma de expresión musical puede haber sido llevada por los mongoles hacia el este. Más tarde, los pueblos que llamamos hoy bereberes y surárabes, la han llevado hacia el oeste, hasta los lugares que ahora habitan. Esta teoría ganaría en certeza si fuera posible confirmarla por otras observaciones generales que no se refieran únicamente a la música. Los etnólogos decidirán un día si entre los paralelos musicales y los que existen en la arquitectura, desde el sur de la montaña del Alto Atlas hasta el norte de Africa y desde Arabia del Sur y Asia Menor hasta el Tibet, se pueden establecer conexiones. E igualmente entre las planificaciones de ciudades y aldeas de estos diferentes países. En cualquier caso, esta similitud de los estilos musicales debiera estimular la búsqueda de otros parecidos, para, tal vez, llegar así a la definición del origen de los bereberes. La comparación de los estilos musicales, instrumentos, etc. posiblemente sería de valor como recurso para investigaciones más amplias.

II

REPRESENTACIONES DE DANZAS EN HOMENAJE A SULTANES

De tiempo en tiempo se efectúan en Hadramaut grandes ceremonias danzadas en homenaje a algún sultán en las que participa toda la población de la ciudad. Se las llama «Schibwani», palabra que se deriva del nombre de la ciudad Schibam, y quiere decir, danzas de Schibam.

Desde la mañana temprano, se pasean los tamborileros por la ciudad, quienes, sin acompañarse con cantos, golpean incesantemente con dos largos palillos de madera sus pequeños tambores de metal, cubiertos de cuero, llamados «Tassa». De esta forma invitan a la población masculina a participar en la noche en los «Schibwani». Estos cantos dramáticos y pantomimas no tienen carácter religioso.

Alrededor de las cinco de la tarde empiezan los bailes con un desfile por la ciudad, encabezado por tres tamborileros; de los cuales, el primero y el tercero tocan el «Tassa» y el del medio el llamado «Hagi», un tambor de madera, cubierto por cuero por los dos lados y que se bate con la mano. A estos tamborileros siguen los danzantes. Alrededor de trescientos árabes, puestos en filas de a ocho hombres, avanzan cantando y bailando por las calles. Cada uno lleva consigo un palo de un largo aproximado de metro y medio, que de tiempo en tiempo lanzan al aire y recogen al vuelo, con estruendosos gritos. La danza consiste en lo siguiente: los palos son llevados sobre el hombro a manera de fusiles. Con la canción del «Schibwani», se mueven los hombres en pequeños saltos hacia adelante y hacia atrás, siempre avanzando tres pasos y retrocediendo dos, moviendo el torso con el mismo compás. Luego, se detienen; bailan en pequeño círculo, echan los palos al aire para recogerlos en el vuelo, y la danza se repite desde su principio. De esta forma, marcha la procesión durante una hora por la ciudad, adquiriendo más y más participantes, hasta detenerse, por fin, ante el palacio del sultán. Una gran muchedumbre de espectadores se ha concentrado allí. Las mujeres a un lado, cubiertas de velos; los nobles, situados en la terraza del palacio. Entonces, los tamborileros y bailarines se sientan en cuclillas, y para no cansarse de esta posición, se atan alrededor de sus rodillas y espaldas los largos paños que generalmente llevan de turbante o echados sobre los hombros. Frente a ellos aparece ahora el poeta del palacio y tres cantores. El poeta, llamado «Scha'her», comienza una canción en que alaba a su bienhechor, el sultán. Los tres cantores la repiten al unísono, metiéndose los dos índices de sus manos en el oído. Con esta forma de cantar se hacen la ilusión de que su voz adquiere más fuerza. Dos grupos de hombres, puestos uno enfrente del otro, contestan entonces con la canción Schiwani, avanzando y retrocediendo, alternativamente. Después de esta representación, avanzan los bailarines hacia el relator, le rodean, y bajo estruendosos gritos, colocan sus palos encima de su cabeza. Después, vuelve cada uno otra vez, bailando, a su lugar; el poeta recita otros versos, los cantores los repiten y otra vez empieza la misma danza.

III

SELAMLIK EN HODEIDA DEL MAR ROJO

Selamlík se llama el gran desfile de todos los Viernes, el día de fiesta del Islam, en la capital Sana y en el puerto Hodeida en Yemen. En este día se pasea el príncipe Seif El Islam Mahomed por la ciudad, acompañado por una procesión solemne. Los soldados cantan sus canciones de guerra yemenitas; un tropel ejecuta salvajes saltos pantomímicos alrededor del hermoso caballo blanco del príncipe, y a cada instante lanzan, con violentos ademanes, sus fusiles al aire para recogerlos en vuelo con habilidad. La procesión se forma de la guardia del príncipe, que consiste en una tropa de camellos con sus jinetes, de mamelucos danzantes, soldados y esclavos. Todos se mueven con paso de tortuga, porque los soldados cantan de esa extraña manera oriental que cansa hasta al más fuerte guerrero del Yemen y únicamente pueden avanzar a paso lento. El canto varía entre los más agudos sonidos de cabeza y los más bajos de pecho, que solamente se consiguen con el mayor esfuerzo. Para provocar sonidos estrangulados, oprimen con una mano la laringe. Y para que los malos espíritus no les arranquen sus voces naturales, cantan con una voz desfigurada. La procesión llega así hasta la mezquita blanca en que se ejecuta la Oración del Viernes. Terminada ésta, se dispersan los participantes, dirigiéndose cada uno a sus ocupaciones, porque tan sólo de noche siguen las festividades.

Iluminada con antorchas, se representa una farsa en la gran plaza, donde toda la población se ha reunido delante de la casa del Seif El Islam. Sin cansarse, andan los soldados bailando por la ciudad, para después llegar, bailando también, a esta misma plaza, donde cada uno se coloca en su lugar debido. Los árabes del nordeste del país, que también han acudido, vienen en gran procesión. Sus barcos del Golfo Pérsico, que los han traído hasta Hodeida, se agrupan en gran cantidad en el puerto. Esta raza, mucho más tosca y pesada que los yemenitas, es de pigmentación completamente negra, poco hermosa y de miembros cortos y fornidos. Su único vestido consiste en una casaca parda, de mangas largas, que les llega hasta los pies. Llevan consigo largos sables y, al avanzar con la procesión, ejecutan sus danzas pantomímicas. Algunos llevan también escudos y representan, de a dos hombres, violentas luchas, que consisten en que uno se deja caer en las rodillas, como si estuviera herido, para incorporarse de nuevo y tenderse después en el suelo. El segundo trata de levantarlo, pero un tercero defiende al primero. Todo esto se ejecuta en un ritmo de danza regular y prescrito, acompañado por varios tambores. Entonces empieza la verdadera fiesta. Largas hileras de sillas están colocadas para los huéspedes de honor. En medio de ellas, detrás de una mesita, está el sillón para el príncipe, en el que el Seif El Islam Mahomed, envuelto en valiosos trajes de seda, toma su asiento. Su cabeza se adorna con un turbante, del cual cuelgan las dos anchas puntas hasta el

hombro, como signo de su dignidad real. La espada del Islam, en su vaina de plata, la mantiene en posición horizontal encima de la cabeza del príncipe un esclavo negro.

Primero los onamos ejecutan sus danzas y luego, los soldados representan una especie de ronda bailada, acompañándose con una canción guerrera. Entre tanto, se han distribuído en largas filas los zaraniqs. Ellos no llevan otra vestimenta que un paño que cubre sus caderas, un brazalete de plata y un sombrero puntiagudo de paja, que un gran anillo de plata sujeta a la cabeza. Poco a poco, moviéndose rítmicamente, empieza a bailar esta larga fila de los zaraniqs. Se enlazan con sus brazos e inician sus movimientos con un pequeño balanceo del torso, que gradualmente se agita más y más. De pronto, doblan las rodillas y, con brusquedad, se dejan caer en conjunto hasta casi tocar el suelo para enderezarse a continuación con la misma rapidez. A la luz de las antorchas, estos hermosos cuerpos oscuros así como el canto, indescriptiblemente impresionante, ofrecen un espectáculo maravilloso. El ritmo sobrecogedor envuelve todo en solemnidad y los lleva a un alejamiento espiritual. De improviso, saltan dos zaraniqs de sus filas. En cada mano llevan un puñal de plata, ricamente adornado y reluciente. Los dos beduinos, uno frente al otro, mantienen sus puñales por encima de sus cabezas y bailan con un balanceamiento de las rodillas. Moviéndose de esta forma, llevan lentamente sus brazos con los puñales ante el pecho y mueven, primero lentamente, después más y más rápido, los brazos con los relucientes puñales dirigidos hacia su pareja.

Ilimitado parece ser el tiempo y el maravilloso ritmo nos arrebatada. Significa un relajamiento espiritual poder contemplar a estos hombres primitivos y sus hermosos movimientos rítmicos. Pero, lentamente, se aplaca la música. Bailando como habían llegado, dejan el lugar de la fiesta. Únicamente, el ronco sonido de los tambores y los repentinos gritos de las voces llega aún hasta nosotros, debilitándose hasta morir del todo. El sueño de la fiesta de Selamlik ha pasado.